

Misión de un partido político

“**P**ARA los dirigentes de Izquierda Republicana—escribe el diario “Política”, de Madrid—no ha sido una revelación lo ocurrido en la provincia de Toledo.” Se refiere nuestro colega a la fervorosa adhesión que los campesinos de aquella provincia han tenido ocasión de expresar al Partido con motivo de una reciente campaña de propaganda realizada por algunas de sus personalidades más destacadas. Resumen de los actos organizados en diversos pueblos de la provincia, ha sido el celebrado en Ocaña, donde el presidente del Consejo Nacional de Izquierda Republicana, entre otros oradores, ha pronunciado un importante discurso. Conviene registrar la trascendencia del hecho, para satisfacción de cuantos republicanos residentes en Barcelona no hayan tenido conocimiento del mismo por carencia de Prensa madrileña o por insuficiencia de información telegráfica.

Izquierda Republicana ha ofrecido en esas manifestaciones, y en otras recientes, una prueba decisiva de su nueva pujanza. Quienes dieron por muerta la política republicana tendrán que resignarse a reconocer su error. Algunos habrían podido ver un signo de decadencia en el silencio patriótico y el voluntario desistimiento de cuanto podía servir de pretexto para quebrar la unidad del Frente Popular observados por los hombres de Izquierda Republicana. Pero en la conducta de éstos no hubo renuncia ni desmayo, sino sacrificio y lealtad que estaban obligados a ofrecer y practicar por el bien del régimen. Inmenso ha sido el apoyo que le han prestado, frente a la sublevación militar, otras organizaciones y partidos que no son específicamente republicanos. El fenómeno se explica por la esencia nacional de la República, cuya existencia interesa a todos los buenos españoles. Más era forzoso que los republicanos pusieran a prueba, en ese trance, su capacidad de desinterés, prescindiendo de pugilatos o competencias.

A través de esa conducta, inspirada en un claro sentido de responsabilidad, la opinión pública no ha dejado de percibir el pensamiento justo y renovador de Izquierda Republicana, que ha conservado intactos, durante estos años de guerra, el prestigio y la autoridad moral de que supo dotarla su ilustre fundador.

Izquierda Republicana no ha sido un partido abierto. Aun a riesgo de prescindir de colaboraciones útiles, y con sacrificio evidente de su crecimiento normal y legítimo, ha sabido resistir a la avalancha que traía revueltos entre una masa sana y digna, quienes llamaban a las puertas de las organizaciones izquierdistas en busca de protección inmerecida refugio pasajero o impunidad.

Pese a tal severidad, grandes núcleos de la opinión española se han sentido identificados con Izquierda Republicana, especialmente los formados por esos hombres que, según frase feliz del señor Quemades, “tienen hábito de crear” y que practican en la vida económica del país las virtudes de la iniciativa, la perseverancia en el trabajo, la preparación técnica y el afán de progreso: lo que en Francia se llama pequeña burguesía y en España clase media. En el campo, principalmente, ese movimiento de atracción ha sido muy intenso, y una verdadera legión de modestos agricultores y pequeños propietarios—de condición idéntica a las que en Francia constituyeron el sólido armazón del régimen—se ha incorporado a la actitud política de Izquierda Republicana, con cuyo ideario están identificados. Bajo la dirección y patrocinio del Partido se han organizado sindicatos y cooperativas agrícolas, que han constituido ya Federaciones provinciales muy potentes y ricas en Toledo, Jaén, Valencia, Alicante, etc., y que el Consejo Nacional de Izquierda se propone agrupar en una Federación Nacional.

A esta clase social, del campo y de la ciudad, ha dirigido un llamamiento muy inteligente el señor Quemades en su discurso de Ocaña para que aporte su colaboración activa a la política republicana, a la cual se siente inclinada por el espíritu y por el interés, por las ideas tanto como por la necesidad de subsistir como clase.

Hacerles, a esas extensas masas sociales, habitable y grato el régimen, al cual servirán de elemento estabilizador, libre de extremismos y reacciones, es la misión política, que entre otras muy importantes también, se atribuye Izquierda Republicana. En su ánimo y voluntad de acción no figuran ni la renuncia al futuro ni el olvido de los deberes que exige el momento presente.